

DESCARTES EL BUSCADOR DE EVIDENCIAS

*Carlos de la Isla**

René Descartes nació en La Haye hace cuatrocientos años. Estas reflexiones quieren ser un recuerdo agradecido. No voy a referirme a su vida, ni a su sistema filosófico, ni a su importancia como padre de la modernidad filosófica que descansa en evidencias racionales. Sería irrespetuoso siquiera intentarlo en tan breves líneas.

Sólo me propongo hacer un apunte, unos cuantos subrayados asistemáticos en torno a su ejemplar actitud como filósofo; y en este contexto deseo tocar lo que llamaría dos momentos de la dialéctica de la razón separados por cuatrocientos años: el primer momento o tesis es la exaltación de la razón expresada por Descartes y el segundo momento o antítesis, la agresión, el acoso a la razón

en nuestra época sostenido especialmente por una corriente de los postmodernos; y es posible que esta reflexión genere una síntesis.

Filosofar es pensar radicalmente la totalidad, y eso hizo precisamente Descartes. Toda su vida fue pensar, pero además a su pensamiento lo hizo vida. A su pensar filosófico no lo realizaba como un oficio; era la expresión de una necesidad existencial. Ese apetito natural de saber del que habla Aristóteles se convierte en Descartes en hambre insaciable. Las parcelas de las ciencias, aún el inmenso campo de las matemáticas le resultan reducidas; apetece la totalidad del saber con radicalidad, es decir, llegar a las raíces más profundas.

Desde muy joven se comportó como un serio filósofo, se propuso pensar por sí mismo, encontrar por sí mismo la evidencia de sus creencias y de sus pensamientos. Salió de

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

la Flèche con la determinación de comprobar por sí mismo lo que había oído de sus maestros. Pensar por sí mismo, gestar las propias convicciones para ser fiel a ellas. Nunca adherirse al pensamiento de otro acriticamente, porque "los que siguen una doctrina ajena son como la yedra que no puede subir más alto que los árboles en que se enreda y muchas veces desciende después de haber llegado hasta la copa, sin embargo es comodísima esa manera de pensar para quienes tienen ingenios muy medianos".

Descartes, como los primeros filósofos griegos tenía una enorme capacidad de asombro. Todo lo que contempla en la naturaleza le parece maravilloso. La contemplación asombrada de la belleza natural genera en él ese amor que como fuego en la sangre lo impulsa a conocer mejor lo que ama y cuanto más conoce su objeto de amor más lo ama y más quiere conocerlo y así continúa esa cadena al infinito de eslabones misteriosos de amor y de conocimiento y de conocimiento por amor que produce en él la angustia por la evidencia, por la claridad de la totalidad. Pero no es la angustia que se angustia de todo y de nada de la que habla Heidegger. La angustia de Descartes está en la búsqueda de la evidencia de la verdad que ama. Busca una evidencia tan luminosa y contundente en

ese camino hacia la luz total, que la sombra más insignificante le provoca dudas; a tal grado que llega a pensar que en su interior habita un *genius malignus* que lo engaña. ¿Cómo es posible que si doy pasos evidentes en la solución de un problema de matemáticas llego a un final equivocado? y de la misma manera le atormenta la duda por muchas percepciones engañosas de los sentidos.

La duda, sin embargo, no conduce a Descartes, como a muchos filósofos, al agnosticismo (porque no encuentran evidencias de la verdad concluyen que no es posible conocer la verdad, lo que lleva al subjetivismo, al relativismo y al nihilismo). La duda para Descartes fue el gran estímulo hacia la búsqueda de la objetividad racional porque pensaba como Bertrand Russell: "La dificultad para descubrir la verdad no significa que no haya verdad que descubrir."

Independientemente de que su ataque frontal contra la duda haya sido sincero o metodológico, el procedimiento es muy riguroso: Hace una exhaustiva revisión de todos sus conocimientos y experiencias; y todo aquello que no encontraba con entera claridad, evidencia y distinción lo relegaba al campo de la incertidumbre, de la invalidez racional, aunque se tratara de los objetos o seres más queridos y hasta sagrados.

Finalmente por este camino de la exigencia racional llega a la verdad indubitable: "No puedo dudar de que dudo y como dudar es pensar, si dudo pienso y si pienso ciertamente existo." En el orden del ser es evidente que primero es el ser y luego el obrar pero en el orden del conocimiento por los actos se conoce la existencia y la naturaleza del ser. Sobre esta verdad que le parece innegable, irrefutable por evidente Descartes construye todo su sistema filosófico racional. Por ejemplo: si el pensamiento es la demostración de la existencia, permite una conclusión: "Yo soy una cosa pensante, una sustancia cuya esencia es pensar; y si el pensamiento es inmaterial la sustancia que piensa es inmaterial y esta sustancia pensante inmaterial es el alma; así resulta que la existencia del alma es más evidente que la del cuerpo."

Después y siguiendo el plano estrictamente racional demuestra la existencia de Dios: "Si existe la perfección limitada debe existir el infinitamente perfecto; si advierto mis carencias sé que existe un ser que es sin carencias porque no puedo por mí mismo ser carente..." y otros argumentos bien conocidos. Así la existencia de Dios es más evidente que la existencia del cuerpo, del mundo, de los astros. Y sólo aceptando a Dios como un ser perfecto, veraz, omnipotente tiene fundamento la certeza

moral de la realidad sensible que por otra parte aparece engañosa (como el engaño de los sueños). Las certezas metafísicas en cuanto racionales son incontrastables. La imaginación y los sentidos (si no son apoyados por la razón) pueden engañarnos.

Por eso las evidencias racionales son el constitutivo esencial de la verdad sea ésta filosófica o científica. Y esto es lo que caracteriza la edad Moderna en el ámbito filosófico cuyo Padre es Descartes. En adelante ya no es la realidad la que debe ajustarse a la interpretación, sea ésta filosófica mítica o religiosa, sino que la teoría debe expresar la realidad y demostrar con evidencias racionales que es tal y como se expresa. (Claros ejemplos además de Descartes son Spinoza, Leibnitz y, en la ciencia, Kepler, Copérnico, Galileo, etc.)

El primer momento de la dialéctica de la razón o tesis al que hacía alusión al principio está constituido por la exaltación de la razón en el pensamiento de Descartes. Toda exaltación tiene sus excesos, que han sido comentados por otros pensadores. Pero la indiscutible aportación de Descartes fue pensar, pensar toda su vida para construir con la solidez de la evidencia racional las verdades que constituyen el suelo firme de la existencia; verdades y valores desde los cuales el hombre vive.

Y ahora me voy a referir a la antítesis, al otro momento de lo que he llamado la dialéctica de la razón, separado del primero por 400 años y que está constituido por la agresión y el desprecio a la razón.

Muchas corrientes del pensamiento han sido agresoras de la razón; entre ellas: los que han usado apasionada y brillantemente la razón para atacarla; los que han usado todo el poder racional para obrar irracionalmente, como es la gran infamia de la ciencia usada para las armas y la destrucción.

Voy a referirme a algunos singulares, grandes agresores de la razón; son agresores muy singulares porque se han atrevido a juzgar y a condenar a la razón por algo que la razón no sólo no ha producido sino que ciertamente condena: me refiero a una corriente de la llamada Postmodernidad, que condena justamente numerosas y crueles expresiones de la modernidad. Condena el poder de la ciencia convertido en técnica de dominación; condena a los sistemas políticos económicos y sociales de la modernidad que, aunque son antagónicos en la teoría, coinciden en los procesos deshumanizantes y enajenantes de la sociedad. Las personas se convierten en cosas o mercancías de los sistemas de poder, "mundo de infinitos rebaños y de líderes semejantes a los dioses" en expresión de

Bertrand Russell; el Estado se ostenta como la violencia institucionalizada en expresión de Weber; condena a los grandes colosos en pugna: Nacional Socialismos, Fascismos, Capitalismos, Neoliberalismos... grandes monstruos contruidos con la argamasa de enajenación, cosificación, idiotización de las masas y unidimensionalidad de las personas. El mundo quedó convertido en la codicia del imperialismo, en el gran mercado en disputa, en el campo de batalla de las dos guerras mundiales y de innumerables guerras de todos los tamaños, de todas las ideologías, de todos los fanatismos, de todas las mentiras y vergüenzas. Representan en el mundo de la modernidad tragedias dramáticas nunca vistas llamadas Hiroshima, Nagasaki, Auschwitz, Serbia, Bosnia, Líbano, Camboya, Somalia, Chechenia, Cuba, Chiapas, etc., y la lista de las grandes hazañas de los colosos de la modernidad continúa interminablemente en el armamentismo junto a hambre, en el afán de lucro y de poder hasta la destrucción ecológica, en el consumismo neurótico, en las ofensivas diferencias entre clases sociales y entre clases de naciones, en la violencia que ya ha conquistado hasta los rincones más privados del mundo; escenario y representaciones que hacen exclamar a Isaiah Berlin: "Siglo cruel me

ha tocado vivir"; "el peor siglo que ha vivido Europa".

En un caprichoso análisis de este listado incompleto de vergüenzas de la modernidad, y por su razonamiento irracional y perverso, se señala a la razón como la gran culpable. ¿La sanción? todas las expresiones o creaciones de la razón en todos los campos no sólo deben ser burladas sino contrariadas: valores, pensamientos, teorías, sistemas, instituciones, creaciones, cultura, tradición... "Se identificó, dice Picó, la razón con la dominación y se quiso hundir la razón pensando en destruir la dominación." En este contexto aparece la Postmodernidad en actitud triunfante y liberadora. Ante la muerte de la Razón-Modernidad se desata el movimiento de la contracultura ilustrada: no existen valores ni conceptos universales, ni principios, ni normas, ni verdades permanentes (Dadá).

No existe ni el porvenir, ni el futuro, ni los fines de las sociedades. Sólo existe el aquí y el ahora. *Carpe Diem* (Lyotard). Se exalta la libertad sin límites, la arbitrariedad irreverente, lo nuevo por nuevo, lo diferente por diferente, la actitud hedonista, permisiva... nada vale, porque todo vale por igual.

No ha existido en Occidente un juicio más incoherente en contra de la razón: se le condena por lo mismo que ella condena. Los dramas y las

vergüenzas de la modernidad no son productos de la razón. Por el contrario son actos, estructuras, sistemas, actitudes que la razón condena. La modernidad que Descartes hermana con la razón gradualmente se distancia hasta convertirse en enemiga de la razón.

La Postmodernidad puede entenderse mejor como un impulso consciente o inconsciente que intenta liberarse de las exigencias de la razón. Las consecuencias son más funestas que los vicios que condena. Destruídas las verdades, los valores y los bienes que constituyen el suelo firme de la existencia sólo queda como disyuntiva la locura y la desesperación. Me parece muy elocuente en este sentido el comentario que hace Octavi Martí, discípulo de la Escuela de París en ocasión del suicidio de Gilles Deleuze hace algunos meses: "Foucault decía en su célebre *Historia de la Locura* que la locura empieza con la vejez del mundo y que cada rostro que la locura adopta en el curso del tiempo habla de las formas y de la verdad de esa corrupción. La Escuela de París a la que me refiero y de la que Deleuze fue uno de sus más genuinos representantes estuvo profundamente marcada por la locura y representaba la vejez del mundo, por eso fue una Escuela que exploró la forma y la verdad de nuestra corrupción." Des-

pués se refiere al suicidio de Guy Debord, a la muerte de Barthes quien muere en un hospital por falta de defensas; "él que era un buen gastrónomo se dedicaba en sus últimos tiempos a comer pan untado con excremento (...) y no deja de ser interesante que al final de sus *Fragments de un discurso amoroso* aseguraba que la verdad es aquello que suprimido no deja ya al descubierto sino la muerte pues la vida no vale la pena de ser vivida".

Después Marti describe la muerte de Nikos Poulantzas quien "se arroja desde el piso veintidós de la torre de Montparnasse tras haberse convertido en hombre de ninguna parte, solo, sin amigos, sin alumnos. Por si fuera poco no mucho después muere Althusser después de haber estrangulado a su esposa en su departamento de la Escuela Normal Superior. Y como si se tratara de un vendaval de muerte abatiéndose sobre una misma Escuela tres años después muere Foucault víctima del Sida. Y ahora llega el último de los despeñados que ha elegido el suicidio por precipitación al vacío que implica tocar brutalmente la tierra estrellándose contra ella".

¿Por qué? se pregunta este discípulo de la Escuela de París que vio a varios de sus maestros caer en la locura, la desesperación y el suicidio. Y se contesta: "Seguro que hay muchas

razones, pero ahora no me importan. Lo único que ahora me importa es la sospecha de que el drama vivido por la Escuela de París pertenece en realidad al porvenir de nuestra cultura claustrofóbica, sin ventanas", es decir, sin verdades, sin valores, sin bienes.

Éste es sólo un ejemplo de las dramáticas consecuencias de locura y muerte que ha producido la agresión a la razón. Resulta bien claro que para evitar el suicidio que es un lanzamiento al vacío que implica tocar brutalmente la tierra estrellándose contra ella, la otra opción frente al vacío y la locura es la pasión por los grandes valores, las grandes verdades, los grandes bienes que dan sentido a la existencia, que hacen que la vida valga la pena de ser vivida. Y ésta fue la gran tarea, la apasionada tarea de Descartes hace cuatrocientos años: No sólo dio luz racional a verdades fundamentales sino que también construyó un sistema de evidencias racionales, con tanta pasión que llegó a exagerar el poder de la razón. Descartes se dedicó a pensar para salvar la ciencia. A cuatrocientos años de distancia parece que pensar sigue siendo el camino necesario, pero esta vez no sólo para salvar la ciencia sino para salvar al mundo.